

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA

COLECCION DE FOLKLORE

---

SANTA FE

---

139

---

U R A N G A

---

Maestro CECILIA B. LEZCANO

Escuela N° 196

Fojas 2

---

OBSERVACIONES

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

# Cuento tradicional.

1

Localidad - Estación Changa

Escuela - Nacional N° 196

Nombre de la maestra - Cecilia B. Lezano

Nombre de la persona que la narró - Hipolitaria C. de Zamallo

Edad de esta persona - 80 años

En la pálida penumbra del cuarto, se destacaba aquella noche la figura augusta de mi abuela, aureolada por los contornos de leyendas y de amores viejos que parecían irradiar de sí misma en una tierna evocación de recuerdos.

Nos contaba la viejecita, pequeñas historias de sus horas vividas; ponía en su relación toda la dulzura de que es capaz el sentimiento humano cuando habla de los afectos de familia; y junto con la marea corriente de su palabra tranquila, llegaban hasta nosotros reflejos interesantes de las costumbres de otras épocas.

Entre los nombres evocados en aquel instante se relevó más por el influjo serenamente apasionado de la frase, el nombre venerado de su padre. Y fue así, en aquella hora cálida del hogar protector cuando nos contó algunos pasajes de aquella vida ejemplar y seguimos lo que ahora la mente pugna por transmitir fielmente al papel.

De lo que entonces oíamos, seanos permitido contar esto que recordamos en nuestra memoria:

El 14 de Octubre la casa de Don Santiago sufrió una transformación. Las muchachas la convirtieron con su alegría en una jaula de pájaros alegres y bulliciosos y hasta en el rostro habitualmente sereno del viejecito apareció como una pequeña chispa de regocijo. Un acontecimiento extraordinario era el motivo de tal transformación: había vuelto Alberto el hijo ausente desde hacía quince años. Cuando al atardecer llegó airoso y picando espuelas

29

a su flete, todos creyeron adivinar en él un extranjero que venía a pedir la protección de un techo hospitalario para pasar la noche y desde el primer momento como una manifestación espontánea de aquel espíritu de generosidad y de cortesanía que primaba hasta en los hogares más sencillos, todos se aprestaron a partir con él la sabrosa galleta y el convalido plato de blanca mazamorra. Pero cuando el buen mozo y gallardo jinete estuvo a dos pasos de la cocina y el rostro tostado y de líneas fuertes, se mostró como una aparición de la tarde bajo los paraisos en flor, dos brazos temblorosos por la emoción del encuentro se encargaron de transformar aquel espíritu de cortesanía y hospitalidad en torrentes de carinos sofocados en los tristes años de la ausencia.

Pocas horas después, puesto el mantel largo de los días solemnes y de festividad, los relucientes cubiertos usados una vez al año y las rosas fragantes que siempre se deshojaron en la planta, colocadas en el coqueto florero que el "mercachifle" enamorado les regalara a las muchachas, la familia reunida hacía honores al extraordinario menú en el cual figuraban los mejores platos del repertorio culinario.

Pero en medio de toda la alegría reinante, Don Santiago con los ojos vidriosos por una extraña sombra de melancolía, parecía ajeno a la reunión. Había sido tan grande la emoción que le produjera la vuelta del ausente que su cortejo de viejo sentimental sufrió un requiebramiento como los árboles virtuosos eternamente expuestos al calor sofocante del desierto y besados solo alguna vez por una brisa pasajera o por una lluvia benéfica. Don Santiago estaba triste. Sentía en su alma una especie de presentimiento que le hacía callar y apagaba en sus labios las ocurrencias de que hiciera gala otras veces. Por eso no hizo sino sonreír débilmente cuando el vecino

comensal invitado aquella noche declamó con voz aflautada y pintoresca aquí conocido brindis que decía:

¡He le presento este brindis  
Dirigido a su persona,  
En Ud. recibe este brindis  
Me pone Ud. una corona.

Y este otro:

Sobre mi mano está el vino  
Sobre el vino está el licor.  
Con mucho gusto y honor  
Le sirvo a Ud. caballero  
Pues yo quisiera tomar,  
Pero tome Ud. primero.

Mas tarde cuando todos se fueron a la cocina a tomar mate y a oír los famosos cuentos de la tía Eulalia, muy graciosa en los de "Pedro Ordinales", muy amena en el de los "tres picos de amor", muy oportuna en los de cualquier naturaleza, el viejito Santiago ensilló su caballo centenario, manso como una vieja, y fiel, y hasta casi diríamos cariñoso como un perro. Al tranco fumando su cigarrito de chala, silbando de a ratos con vilbido tenue un "cuando" o un "gato", o una "cucca", recorrió las veinte cuadras que lo separaban del Arroyo del Medio donde todas las noches al claror de la luna iba a entretenerse pescando.

Esa noche era propicia: blanca como una novia en un lecho de azaharés, serena y silenciosa como una muchacha inocente y buena.

Llegado al arroyo Don Santiago, como era su costumbre dejó el caballo suelto a dos o tres pasos de la costa y se entregó con amor a su distracción favorita.

No hacía cinco minutos que se encontraba allí sentado, cuando ocurrió algo terrible que repercutió en su espíritu con un acento misterioso y profundo. Por el medio del arroyo y traído por las aguas en sur rodar inquieto se veía venir

4)

la cabeza de un rugo de relieves siniestros, sostenida por un cuerpo que desaparecía en las aguas.

El viejito un tanto alarmado pero inseguro todavía de lo que se trataba, lo silbó a la distancia, pero la cabeza siniestra seguía avanzando con los ojos muy abiertos, con la mirada fija en él como anunciándole el próximo derrumbé de su vida.

No era aquello, un cadáver, no era tampoco un hombre que nadara hacia la costa: era quizás una aparición de esas que la leyenda ha transportado hasta nuestros días en multitud de historias semejantes.

El caballo mientras tanto, lanzando un bufido formidable había hechado a correr a campo abierto.

El viejito quedó al principio, extático, helado, incapaz de moverse, pero después en un esfuerzo supremo, se levantó como un autómatas y empezó a caminar lentamente hacia su casa.

Desde aquella noche, Don Santiago quedó sordo, y su vida fue declinando, apagándose, cediendo a la vejez y a la muerte, en un renunciamento fatal y misterioso.

Al mes justo de aquella fecha la "galera" lo condujo moribundo a la ciudad; le acompañaba su hija cariñosa y abnegada: quien, al otro día con la aurora le cerró los ojos y le dió el beso de despedida.

He aquí, la breve historia de una noche en que al influjo de una fuerza desconocida, superstición, arcano, ilusión o realidad, se marcó el declinar vertiginoso de una existencia digna y cenurada.

Nos lo contó mi abuela, envuelta en las penumbras del cuarto, con lágrimas en los ojos y el corazón oprimido; nos la contó la buena anciana, reliquia de los tiempos idos y alma reconfortante y amiga para los que quedamos a conquistar y a vivir los arcanos, realidades o ilusiones del futuro.